

Voltaire: la historia, cómplice de la razón

I. El pasado a la luz de la razón. La verosimilitud

Nunca dejó el señor de Ferney de escribir historia, ya se tratase de reflexiones sobre la misma o de estudios históricos propiamente tales. Entre las primeras se cuentan las *Observaciones sobre la historia* (1742), las *Nuevas consideraciones sobre la historia* (1744), el artículo «Historia» de la *Enciclopedia* (1756), varios artículos del *Diccionario filosófico* (1764), y la *Defensa de mi tío*. Se trata de textos en su mayoría polémicos, escritos al hilo de una circunstancia particular. Atravesados de fulguraciones irónicas, en ellos se depura la reflexión sobre el trabajo del historiador y se esclarece la función de la historia. Entre los segundos se cuentan la *Historia de la guerra de 1741* (1755), la *Historia de Rusia* (1760) y la *Historia del Parlamento de París* (1769). Pero son tres las obras que sobresalen por encima de todas: la *Historia de Carlos XII, rey de Suecia* (1732), *El siglo de Luis XIV* (1751) y el *Ensayo sobre las costumbres y el espíritu de las naciones* (1753).

La *Historia de Carlos XII* es un ejercicio de biografía total del ambicioso príncipe, al que no le falta su pizca de intención moralizante: «se ha pensado también que esta lectura podría ser útil a algunos príncipes si por ventura el libro cayera en sus manos: ciertamente no hay soberano que al leer la vida de Carlos XII no deba curarse de la locura de las conquistas».

Podría considerarse a *El siglo de Luis XIV* como «el primer libro de historia moderna» de no haberse dejado deslumbrar Voltaire por las luces de ese siglo: «no se pretende solamente en esta vasta obra relatar la vida de Luis XIV, sino algo más importante. Se procura describir para la poste-

ridad no las acciones de un solo hombre, sino el espíritu de los hombres en el siglo más ilustrado que jamás existió», dice en el prefacio. Esta obra se aparta de las normas convencionales en este tipo de historia: ni es una biografía ejemplar del gran Rey, ni quedan en ella rastros de los «espejos de príncipes», ni hay concesiones a la historia galante. Si a algo pudiera recordar de la historia inmediatamente anterior sería a la *historia perfecta* de La Popelinière o a la ambición globalizante de Bodino. Traza en ella Voltaire un cuadro completo de época: la religión, las artes, las ciencias, la política, las finanzas, el comercio, la industria, la guerra, junto con los personajes significativos, se dan cita en ella según un orden de relación intrínseca que se independiza de la mera cronología. Diez años de rigurosa documentación le costó su escritura, llegando a consultar las memorias mismas del rey y las cuentas del ministro Colbert. La admiración que siente por el Rey Sol no es obstáculo para hacerle objeto de críticas acerbas o posponerlo en méritos a alguno de sus ministros.

Al *Ensayo sobre las costumbres y el espíritu de las naciones* le pierde su propia ambición, la de ser una historia universal. Sana en su propósito de enterrar una historia de reyes, batallas y tratados, acometió una empresa para la que ni él mismo ni su época se hallaban suficientemente pertrechados. El mundo aún no era conocido en su totalidad, los métodos críticos y de análisis aún no habían alcanzado madurez suficiente, la documentación disponible era fragmentaria y poco fiable. Pero la historia del *espíritu* de las naciones, ese concepto que la historiografía romántica había de transformar en un arma de combate nacionalista, equivalía a firmar el finiquito de la vieja historia ejemplar, didáctica y galante. Y, sobre todo, entrañaba el más violento ataque a la raíz histórica del cristianismo.

La historia del *espíritu* de los pueblos es la de las distintas culturas en su irrenunciable diversidad. Pero Voltaire no podrá menos de sucumbir a la arrogancia del ilustrado: recuperadas esas culturas en su variedad, una por una han de comparecer ante el tribunal de la razón y sufrir su veredicto. Su especificidad es puesta de relieve para poder recibir así mejor la sanción de su barbarie, de su ignorancia, de su atraso. El siglo «más ilustrado que jamás ha existido» quiere saber más, pero al precio de comprender menos:

La verdad, dice Ferrater Mora¹, es lo que Voltaire busca en la historia, a la cual quiere podar de todas esas frondosas ramas que para él son la mentira: las fábulas, los mitos, las leyendas. Voltaire busca la escueta verdad de la historia sin advertir que todo eso que parece adorno y gala, la fábula y la leyenda, pertenecen también a la historia y, contra lo que pudiera parecer, a la verdad más desnuda. Si, por un lado, quiere comprender la historia y saber lo que verdaderamente ha pasado en ella, por el otro quiere criticarla. La actitud crítica frente a la historia se halla para Voltaire y para toda la Ilustración unida a ese fino sentido histórico que el siglo XVIII

¹ Ferrater Mora, Cuatro visiones de la historia universal, Alianza Ed., Madrid, 1982, p. 76.

comienza a poseer frente al grandioso y absolutista racionalismo del siglo XVII. No es casual que quien de tal suerte critica el pasado sea capaz de reconstruirlo con tan buena maña; el incansable crítico de las fábulas que es Voltaire, es al mismo tiempo el hombre que puede hablar durante horas y horas de las más remotas y diversas fábulas y leyendas; el hombre que dice que no hay otra certidumbre histórica que la certidumbre matemática, añade a continuación que todo le es bueno para hacer historia... Pero aprovecharse de todo es lo más distinto que puede hacerse de la matemática, esa ciencia de los ascetas; aprovecharse de todo es coger de las cosas todo lo que el matemático descuida: el color, el detalle, el fondo y el trasfondo, lo que hay y lo que se supone, lo que parece ocurrir y lo que realmente ocurre, o, como dice Voltaire, casi románticamente, «el espíritu de las naciones». La verdad de la historia es su espíritu; encontrarlo debajo de la apariencia de los hechos resonantes, de los personajes influyentes, del fragor de las guerras y de la astucia de los tratados, es encontrar lo que la historia es: su verdad.

Podemos decir, pues, con Barnes, que el *Ensayo*, con el prólogo que lleva precisamente por título «Filosofía de la historia», es «la real fundación de la historia de la civilización, en el moderno sentido del término».

Con su energía característica expone en el prólogo sus propósitos a Mme. Châtelet: «Queréis, por fin, vencer el fastidio que os causa la historia moderna, desde la decadencia del Imperio Romano, y haceros una idea general de las naciones que habitan y asolan la tierra. No buscáis en aquella inmensidad sino lo que merece ser conocido: el espíritu, las costumbres, los usos de las principales naciones, apoyados por los hechos que es imposible ignorar. El objetivo de este trabajo no consiste en saber en qué año un príncipe indigno de ser conocido sucedió a un príncipe bárbaro en una nación grosera. Si se pudiera tener la desgracia de meterse en la cabeza la sucesión cronológica de todas las dinastías, no se conocerían sino palabras».

El contendiente innominado en esta obra es Bossuet. Comienza Voltaire con el Imperio de Carlomagno, allí donde el *Discurso* del obispo concluía. Si éste no excedía los límites del Mediterráneo, aquél salta hasta la China. Con la historia de este país, arquetipo de toda lejanía, comienza el *Ensayo*, para saltar de él a la India, a Persia, a Arabia y retornar a esa Europa que arranca de Carlomagno, desde la que vuelve a buscar la lejanía, cediendo a ese toque de exotismo que han puesto de moda los libros de viajes. La propia amplitud del asunto —una a modo de historia universal de las culturas— le impedía hacer una obra tan ceñida como *El siglo de Luis XIV*; a pesar de ello, el objeto de la historia muestra la misma fragmentación y, por tanto, el mismo afán de globalidad.

En la edición de 1769 el *Ensayo* adquirió el título que había de llevar en adelante. Aparecía en ella en calidad de «Discurso preliminar» el opúsculo titulado *La filosofía de la historia*, escrito que había visto la luz como libro independiente en Amsterdam en 1765. En su primera edición firmaba este escrito un supuesto abate Bazin, cuyo sobrino daba a la imprenta un

manuscrito inconcluso aparecido entre sus papeles. Las falsas autorías eran en tiempos de Voltaire casi una moda, pero en tiempos de peligro no muy lejanos habían sido un recurso para eludir persecuciones y condenas. Baste recordar casos como el de Spinoza y el de Bayle. El escrito sufrió un duro ataque de parte de un tal Larcher y Voltaire hubo de salir por él en la *Defensa de mi tío*, un tío al que califica de sabio eminente y entusiasta viajero.

En los primeros capítulos de la *Filosofía de la historia* —Voltaire es el primero en utilizar esta expresión— trata, de manera general, de las condiciones materiales que subyacen a las diversas culturas (cambios del globo, diferentes razas humanas, antigüedad del hombre), reflejando en todos ellos el estado de los conocimientos tocantes a geografía, etnología y paleontología en la época en que escribe. Un sucinto recorrido por las culturas antiguas le permite luego adentrarse en el problema del surgimiento de la religión y en los asuntos de organización social que de ella se derivan, rozando de paso asuntos como el de la aparición de la escritura o el del proceso de constitución de las comunidades organizadas. Dada la amplitud del tema, no tuvo más remedio que recurrir en el *Ensayo* a materiales de segunda mano: cronologías, compilaciones, historias dispersas, informes de viajeros. Se sabe, no obstante, que se documentó concienzudamente, visitando bibliotecas de varios países, tanto principescas como religiosas, a pesar de lo cual ofrece citas falsas y cae en suposiciones irrisorias en la explicación de determinados hechos.

No era Voltaire historiador de oficio, ni arqueólogo, ni viajero, sino un publicista asistido de la mejor pluma del panfletario. Hacer *filosofía de la historia* no era para él, como no lo será para Condorcet ni para los *philosophes*, otra cosa que considerar la historia *en philosophe*: oponer las luces de la humana razón a la superstición y a la ignorancia, que no eran otras que la religión y el conjunto de verdades establecidas; leer la historia *en filósofo* es, para el tiempo en que vive, leer el pasado a la luz de la razón y de la crítica. La pasión evidente por determinar la verdad de los hechos, por separar el oro de lo cierto de la paja de lo fabuloso, apuntaba a otro cometido. Si da un rodeo por las creencias indias en la reencarnación, por las religiones persas y caldeas, por los oráculos y misterios griegos, lo hace para preparar, a través de precursores declarados, el gran ataque a la tradición y religión judías, que se hallan tras el canon dogmático cristiano. Si el siglo del barroco se extenuó en controversias meramente especulativas, el siglo de las Luces traslada la lid al campo de la historia: el prestigio de la religión cristiana —*la infame*— puede quedar puesto en entredicho si se socavan sus fundamentos históricos. Puesto que toda superstición cimenta su prestigio en un origen orlado del oro de la leyenda y del mito, no quedaba otro remedio que desmentir ese origen.